

Una generación esquilada: los efectos de las reformas laborales en la vida y trabajo de los jóvenes madrileños

An undermined generation: the effects of labor reforms on the life and jobs of madrid's youth

JUAN JOSÉ CASTILLO Y PABLO LÓPEZ CALLE*

(Universidad Complutense de Madrid)

jjcastillo@cps.ucm.es plopezca@cps.ucm.es

Resumen

El texto resume los resultados de la investigación realizada para UGT-Madrid en el año 2004: *Los hijos de las Reformas Laborales: vivienda, formación y empleo de los jóvenes en la Comunidad de Madrid*, y reconstruye la historia de vida coral de los jóvenes madrileños, a partir de una treintena de entrevistas en profundidad, que abarcan un amplio abanico de perfiles en función de tres variables iniciales: la edad (3 cohortes de 15, 25 y 30 años), el origen de clase (obreros, profesionales y directivos, y autónomos) y el lugar de residencia (centro, sur industrial y periferia agraria).

Palabras clave

Juventud, precariedad, reorganización productiva, Comunidad de Madrid, reformas laborales, cualificación, vivienda, reproducción.

Abstract

The text summarizes the results of a research that was carried out for UGT-Madrid in 2004: *The children of Labor Reforms: housing, training and employment of youth in the Community of Madrid*, and rebuilds the story of the Madrilenian youth's collective life from thirty detailed interviews that cover a wide range of profiles on the basis of three initial variables: age (3 cohorts of 15, 25 and 30 years old), class origins (workers, professionals, managers and self-employed workers) and place of residence (center, industrial south and agrarian outskirts).

* Departamento de Sociología III. *Grupo de Investigación UCM Charles Babbage en Ciencias Sociales del Trabajo*. [<http://www.ucm.es/info/charlesb>]. Correo electrónico: trabin@cps.ucm.es.

Key words

Youth, precarity, productive reorganization, Community of Madrid, labour reforms, skills, housing, reproduction.

1. TRANSFORMACIONES PRODUCTIVAS Y REFORMAS LABORALES: EFECTOS SOBRE TRES GENERACIONES

Fran es un joven de 22 años residente en Villalba. Sus abuelos llegaron a este pueblo de la sierra de Madrid para trabajar en los talleres de MADE, fábrica de componentes para el automóvil, donde también ingresó y sigue trabajando su padre, que entró a la escuela de aprendices de la fábrica con quince años, empezando a trabajar de peón y adquiriendo nuevos niveles profesionales a medida que aumentaba su antigüedad en la empresa.

La fábrica ha sido tradicionalmente un proveedor de componentes de alto valor añadido para distintas marcas de coches, como SEAT, VOLVO o RENAULT: «cajas de cambio, piezas para las ruedas,... lo que les toca», pero actualmente este tipo de fábricas han sido absorbidas por grandes multinacionales de componentes, en este caso de nacionalidad española, y, al igual que las propias fábricas constructoras de automóviles, han realizado radicales cambios organizativos desde los años ochenta, fundamentalmente enfocados a la descentralización productiva (el grupo se ha llevado gran parte del trabajo manual a Sudamérica), rediseñando los modelos y subconjuntos para versatilizar el montaje final a partir de componentes más estandarizados, *aligerando* el trabajo en las «empresas cabeza» y racionalizándolo mediante la organización del trabajo en cadena. El diseño y el control del proceso productivo global se ha condensado en los centros tecnológicos de estas empresas, localizados en el país de origen de la multinacional en cuestión, y estos talleres han pasado a ser prácticamente «centros de ensamblaje y secuenciación»¹.

Al hilo de estas transformaciones desapareció la escuela de aprendices, cambiaron los métodos de selección de personal, mientras se diluía la cercanía física y simbólica entre las familias de los trabajadores y los talleres. Se dejaron de hacer contratos fijos, incrementándose la rotación. Las primas de antigüedad y jerarquía pasaron a ser de flexibilidad, productividad, peligrosidad o nocturnidad, y se implantaron los turnos y el trabajo en fin de semana. Es decir, para jóvenes como Fran entrar a la fábrica dejó de ser una prioridad y pasó a ser el último recurso: —«Meterme ahí... hasta dentro de cuatro o cinco años [no]. Porque es meterte en esa empresa y no salir en toda tu vida, yo todavía no quiero atarme ahí. Porque el trabajo [ahora] es más mecánico. Como es lo de la cadena de montaje y tal pues... porque son ocho horas de seguido, a lo mejor descansas media hora, pero descansas media hora nada más. Además son turnos de mañana, tarde y noche... Y aparte, tienen una organización para los nuevos que es un... el cuarto turno, que son trabajar siete días y descansar tres, me quedaría sin ningún fin de semana y paso de quedarme sin fines de semana. Paso de tener... ¡joder! turnos...»

De momento, y a pesar de que ha repetido segundo de la ESO dos veces, quiere seguir estudiando, aunque la necesidad de tener dinero le ha llevado a coger un trabajo pro-

1 CASTILLO, J. J., y LÓPEZ CALLE, P.: *Los obreros del Polo: una cadena de montaje en el territorio*. Madrid, Editorial Complutense, 2002, p. 156.

visional a media jornada como instalador de tubos de gas en una empresa familiar en Galapagar. Es un trabajo manual, que «no llega a ser difícil, que es más duro que difícil» y donde le pagan muy poco y «en ne gro», un trabajo que, reconoce, «tampoco vale cuatro duros» y que no le «incentiva para nada». Pero le permite ir a clases de adultos por la tarde y tratar de aprobar tercero y cuarto de la ESO, con el objetivo de poder ir a la Universidad en el plazo de dos o tres años; le gusta la biología. Aunque no lo ve nada fácil: «Porque más que nada es una cuestión de tiempo: hasta que me saque las ocho asignaturas pues pueden pasar uno o dos años y ... cuanto más tarde, peor. Porque cuanto más tarde más dinero voy a necesitar, y dentro de cuatro o cinco años me tendré que ir de casa, —vamos, yo me quiero ir ya, pero hasta dentro de cuatro o cinco años ni de coña—, y entonces me tendré que ir. Si no trabajase y no tuviera ningún otro tipo de preocupación: sí, sí que podría sacármelo...».

La historia de los abuelos de *Pedro*, un joven de diecinueve años que vive junto a su hermano y sus padres en el centro de Getafe, es similar a la de los de Fran. Su padre, junto a su tío, al llegar a Madrid entró en la escuela de aprendices de Construcciones Aeronáuticas [CASA], hoy denominada EADS. Tras dos años de formación, empezaron a trabajar de peones y fueron ascendiendo poco a poco hasta con vertirse en oficiales de primera.

Pero son las particularidades organizativas y productivas de esta empresa las que van a marcar la diferencia y el futuro pre visible de Fran y Pedro. Las características del producto, aviones, hacen más complicada la aplicación de las nuevas formas de organización de la producción que se han seguido para otros productos como el automóvil. En CASA, aunque se ha efectuado un proceso de externalización de actividades a los polígonos circundantes, al no ser un producto fabricado en masa (se fabrican dos o tres modelos de cada avión y se tarda al menos un año en construirlos), la relación con los proveedores (en cuanto a la confianza y la calidad), la organización del trabajo, y por tanto, las condiciones de trabajo, son totalmente distintas.

Son obreros especializados, cada grupo realizando por completo una parte de un tipo de avión. Trabajadores a los que «antes de hacer cada avión se les da un cursillo de dos o tres meses», y de los que se debe conseguir una relación de total compromiso y responsabilidad con la calidad de un trabajo que se «mira con microscopio», debido a las exigencias de seguridad que debe ofrecer un producto de este tipo. El proceso de producción, además, es difícilmente automatizable, puesto que prácticamente cada pieza es única. Los trabajadores, si bien tienen unos plazos para terminar cada trabajo, se organizan la distribución ellos mismos, pudiéndose quedar, como el padre de Pedro, a hacer doble turno, y luego disponer de más días de vacaciones. La fábrica es «como una familia», en palabras del propio Pedro, «es igual que su casa [...] Nunca ha habido una huelga, ni problemas con la dirección de despidos ni nada. Cuando hay que arreglar algo se hace a través del comité [Comisiones Obreras], aunque no hay mucha gente afiliada».

Esta vinculación se ve reforzada por el sistema de selección de personal, facilitando la entrada a los hijos de los trabajadores mediante una convocatoria anual en septiembre: «Ofrecen puestos, para la familia ... para hijos directos, para descendencia directa de quienes están trabajando. Tú tienes que llevar el currículum, hacer a lo mejor algún examen para entrar y a partir de ahí si vales bien y si no pues nada [...] si saliese yo con el título y eso, entraría a la empresa. Por que allí técnicos electricistas siempre necesitan. Sí, estaría bien entrar allí, porque está cerca y eso».

Es precisamente esta seguridad la que fundamenta su confianza en la cualificación como vía de acceso a un buen puesto de trabajo. Actualmente está haciendo la carrera técnica de electrónica industrial en la Carlos III. No obstante, lo que más valora Pedro es el trabajo manual, el aprendizaje práctico, y el no estar mucho tiempo estudiando, por eso, cuenta, ha preferido la carrera técnica a la superior: —«Yo preferiría estar haciendo instalaciones en empresas y cosas de esas, porque es lo que me gusta. Yo me he metido a estudiar esto para hacer las cosas estas. Para estar metido en una oficina me podría haber metido yo que sé... a administración y gestión de empresas».

Crisis del obrerismo

Pero en general las empresas del sur industrial de Madrid, no han corrido igual suerte que CASA. Más bien se ha producido una transformación radical del aparato productivo en la que los principales afectados han sido los trabajadores, tanto adultos como jóvenes, aunque a distinto nivel y en diferente grado. Esta transformación ha ido acompañada de la crisis de la apenas estrenada cultura industrial madrileña, que otrora fuera protagonista de la transición española: el modo de entender la participación ciudadana, la vinculación con el territorio o la cultura del trabajo.

La clarividencia de *Mar*, una joven de treinta años, por su particular trayectoria y su situación actual como trabajadora en un gran sindicato, nos mostraba el dramatismo con que muchos jóvenes de su generación han vivido esta transformación. *Mar* vive con su hermana (de veintiséis años) y sus padres en el llamado Sector III de Getafe. Su padre nació en 1944 en un pueblo de Cáceres. Vino a Madrid a los veinte y estuvo trabajando de peón, saltando de un sitio a otro, mientras realizaba sus cursos de ajustador. Cuando se casó con su Madre, que también había emigrado a Madrid desde un pueblo de Toledo, decidió probar suerte marchándose por un tiempo a «hacer las Américas», en concreto a Brasil, contratado por una gran compañía energética. Al volver, mientras trabajaba por el día, ingresó en una escuela de formación profesional, donde, además de sacarse el graduado, aprendió el oficio de matricero. Ello le permitió entrar definitivamente en la fábrica de Crysler, en Villaverde, que luego pasó a ser Talbot, luego a Peugeot-Talbot, luego a Peugeot, y que es actualmente Peugeot-Citröen [probablemente no por mucho tiempo].

Allí estuvo durante treinta y cinco años. Su puesto de matricero, oficial de primera, empezó a peligrar hace diez años. En aquellas fechas la empresa decidió traer las piezas de alto valor añadido de su sede tecnológica en Francia y externalizó otras tareas relacionadas con el trabajo de prensas. El padre de *Mar* pasó de ser uno de los trabajadores más reconocidos a ser innecesario. La empresa pretendió entonces «bajarlos a la cadena», pero opusieron una fuerte resistencia, y algunos, como él, pudieron quedarse en un equipo de reparación y revisión tras negociarse un expediente de regulación de empleo².

2 «Mi padre siempre me lo plantea. Era ya casi como por amor propio, el seguir luchando por hacer un trabajo... un trabajo que tú considerabas digno. No es que el estar en la cadena fuera indigno, pero sí, era como ir hacia atrás, como dar un paso atrás... Y se ve que en el trabajo donde estaba era gente muy..., muy luchadora. Eran compañeros de mi padre de la misma sección. Con lo cual esto te da una idea de ..., bueno, de que eran gente muy reconocida por (los demás trabajadores). Porque claro, les costó mucho mantener su situación».

De modo que ha estado «aguantando» varios años en esta labor, trabajando los fines de semana y algunos días laborables, cuando paraba la cadena, hasta que al final, mediante una nueva regulación de empleo, la empresa le obligó a jubilarse definitivamente a los 59 años.

Su madre, de 57 años, también ha trabajado toda su vida. Estuvo mucho tiempo como dependienta en Galerías Preciados. Pero cuando tenía cuarenta, la empresa decidió prescindir de ella; le dijeron directamente que preferían chicas *más jóvenes, más baratas*³. Posteriormente se matriculó en la Casa de la Cultura de Getafe para sacarse, primero el graduado, y luego el título de Auxiliar Administrativo. Después preparó oposiciones para trabajar como funcionaria en su actual empleo: vigilante de salas en el Reina Sofía. Sólo cuando consiguió la plaza se afilió al PSOE, para que nadie pensara que le habían dado facilidades. Partido en el cual participa activamente en el ámbito del municipio.

Trasladarse a Getafe supuso para ellos «una mejor calidad de vida». Crearon, con los que hoy son sus vecinos, una de las numerosas cooperativas de adosados que dieron lugar a la gran ampliación del pueblo. Urbanizaciones que carecían de muchos servicios básicos, pero que fueron cubriéndose gracias al intenso movimiento participativo de aquellos años: el instituto, el centro cívico, el polideportivo, e incluso el primer hospital del Sur de Madrid.

El nuevo instituto seguía un modelo de educación para la integración, de carácter experimental y fuertemente participado por las asociaciones de padres a través del consejo escolar: «fue una experiencia estupenda. Yo noté un cambio radical. Porque ya no se descolgó ninguno de mis amigos del instituto. Por ser como eran los profes, seguimos manteniendo relación con algunos de ellos. Cuando estábamos estudiando ya [la carrera] a un profesor le saltaban lágrimas porque todos estábamos estudiando en la Uni versidad. Para ellos era un orgullo, supongo, pero vamos el tío estaba emocionadísimo».

En efecto, muchas de las amigas de Mar consiguieron hacer una carrera, aunque no siempre la que hubieran querido. Sólo las que tenían problemas para superar el bachillerato se pasaron a la formación profesional, puesto que había un claro sentimiento en sus familias hacia la formación que Mar reproduce hoy y con triste ironía: —«¡La mejor herencia!... mi padre siempre ha dicho que la mejor herencia que puede tener un obrero es una buena preparación. En mi casa, por ejemplo, lo de estudiar, tener una disciplina, siempre hemos estado rodeados de libros...».

Hoy, sin embargo, el sentir general es que estas expectativas eran erróneas, dado que prácticamente ninguno de los jóvenes que ahora tienen treinta años han conseguido, los que lo han conseguido, un puesto relacionado con sus estudios universitarios: «Antes la carrera te permitía conseguir un buen trabajo, el estar remunerados adecuadamente. Con mucho esfuerzo y tal, pero bueno; a priori lo podías tener. Pero luego [esto se terminó], yo no sé si coincidió con la crisis o qué [...] Quizás yo creo que proyectaron en nosotros

3 «Lo que pasa que ya llegó un momento que la iban a hacer indefinida —por que le iba no sé cuantos años como eventual—, y se ve que por la continuidad de contratos eventuales que había tenido, la tenían que hacer indefinida, ¡pero: problema, tenía cuarenta tacos...! entonces dejaron de “contar con ella”. Además se lo dijeron claramente ¿no?, que tenía cuarenta años y que bueno pues que no era tan rentable como una persona con menos edad, que podía cobrar menos que ella, y bueno, pues, que estaba en una edad muy mala y que ¡hala! a casita. Fue en la época en la que además mi madre se afilió al sindicato».

que el ser uni versitario era mejor que trabajador de alguna fábrica. Te están diciendo que esa es garantía para tener un mejor trabajo, cuando al final lo que se está demostrando, es que precisamente no es eso lo que está ocurriendo. Primero, que ni es garantía para tener un mejor trabajo, y encima, que tenemos peores trabajos que los que han tenido ellos por muy trabajadores de fábrica que fueran. De hecho, ojalá tuviéramos ese sueldo».

Antes de hacer Sociología, como aprobó la selectividad en septiembre, estuvo un año trabajando en Galerías Preciados, de cajera, gracias a su madre. Cuando empezó la carrera siguió trabajando allí los fines de semana, pero lo dejó con los primeros exámenes: —«Allí estaba muy mal. Fue justo un año antes de la venta de Galerías al Corte Inglés, y había gente que había pedido ya su indemnización y se fue antes de tiempo. Y luego había gente que estaba ahí a ver con quién contaba o con quién no contaba el Corte Inglés, claro, y a ti te veían... [como una competidora]. Entonces se trabajaba todos los domingos y el ambiente era muy crispado». Al terminar la carrera, mientras buscaba trabajo, realizó varios cursos: de inglés, de mecanografía, el Curso de Adaptación a la Pedagogía y se sacó el título de Monitor de Ocio y Tiempo Libre. Esporádicamente trabajó en la guardería de un programa de televisión para niños, gracias, esta vez, a una amiga. Más tarde, como la práctica totalidad de sus compañeros, fue saltando de empresa en empresa de trabajo temporal, hasta que se incorporó en un *Call Center* (de Estratel, luego Atento), a media jornada. Allí comenzó a trabajar como delegada del sindicato.

Los jóvenes más jóvenes

Ante esta situación, para los jóvenes más jóvenes la universidad ha dejado de ser el objetivo primordial, y por tanto, un estímulo para aplicarse en los estudios. Han dejado de orientar su vida hacia una carrera vocacional, y han asumido definitivamente una orientación hacia el empleo y su propia empleabilidad, ahorrándose, si pudiéramos llamarlo así, las fuertes disonancias entre el «techo de necesidades» que se marcaron sus predecesores, como lo llama Mar, y la precariedad que caracteriza el mercado de trabajo actual. La hermana de Mar, como la mayoría de sus amigas, han optado bien por dejar de estudiar, o bien por seguir la Formación Profesional, en este caso el módulo Administrativo. Hoy, tras realizar varios cursos del INEM y haber trabajado en distintas empresas como secretaria, está preparando oposiciones para la administración.

Sin embargo, Mar ha constatado también cómo estas jóvenes veinteañeras empleadas en los servicios, en pequeños comercios, con las que dio sus primeros pasos haciendo labores de afiliación en el sindicato, que «sufren unas condiciones de precariedad total», tienen, se lamenta, una «ausencia total de inquietudes reivindicativas».

Pero es difícil dilucidar si esta constatada desmoralización de las nuevas generaciones se debe a esa falta de inquietudes de la que se queja Mar, y en general todos los representantes sindicales con los que hemos hablado, o bien a la propia vulnerabilidad en los puestos de trabajo que ocupan, constituyendo un círculo vicioso entre la precariedad laboral que sufren y la débil capacidad de resistencia para mejorar sus condiciones de trabajo. Esta última posibilidad generaría, además, esa especie de *culpabilización o autoinculpación de la víctima* que hemos detectado en casos como el de *Sofía*, una joven de

veinticinco años que trabaja como dependienta, a tiempo parcial, en una tienda de decoración en un pueblo de la sierra de Madrid:

[Has dicho que hay veces que te quedas hasta las nueve [sale a las ocho] y no pasa nada —o sea, que antes la gente tenía interiorizado que eso era una hora extra, y era una cosa normal pedirla, tú ahora si vas y pides que te paguen esa hora extra...] «Me mandan a la mierda.... Pero bueno, yo es que soy y tonta. En esas cosas, de verdad, yo soy subnormal, o sea, yo soy sumisa a más no poder. A mí, hay una amiga que me dice: «¡tú tienes que estar ahí y decirles que no!»... *[Pero eso no es ser tonta, sabes que si exiges eso te van a decir que te vayas y pueden coger a otra persona]* Ya claro, si yo les digo «oye mira, me podéis dar el sábado por la mañana libre, un sábado, ¡joder!» Si me esto y quedando todos los días saliendo una hora más tarde, —que no me importa, si tengo que colocar, coloco, lo que tenga que hacer, no me echo para atrás—, ¡y no me lo dieron! No me lo han dado ¡eh! Bueno. Claro, como me interesa la pasta me quedo. No me voy a poner ahora a buscar otra cosa, porque a lo mejor lo dejo y voy a estar peor —o mejor, nunca se sabe, pero bueno— [...] Lo mejor es no ponerse a mal, porque al ser tan pequeñita si estas a mal, la que lo voy a pasar mal soy yo, no ellos, que son los jefes, es mejor sonreír y punto, se acaba [...]. La cosa va así. Cuando son empresas más grandes está claro que, ¡joder, se les echan todos encima, hacen una huelga, y ya está. ¿Qué voy a hacer yo?, ¿una huelga? ¿Sabes lo que me pasa? Que tampoco tengo yo mucha idea de esto, si es que yo, es que yo voy de buena, o sea yo pienso que si vas de buenas, vas a conseguir más, que si vas de malas; claro que cuando te encuentras que la gente va de malas, pues ahí ya...

[En una relación laboral, es difícil ir de buenas ¿no? porque se supone que estás negociando] No, pero yo creo que se puede llevar. En mi anterior trabajo [en una tienda de fotocopias] ¡hombre! Ahí fue porque la tía me prometió y me juró que me iba a hacer contrato, y estuve nueve meses sin contrato, y ya me enfadé mucho y me largué. *[¿Sin contrato?]* —Sí, sí. Me prometió que me lo iba a hacer, pagándome una mierda ¡eh!. Yo ahí aguanté porque, pues porque estaba aprendiendo mucho, con el Autocad y tal. Pero realmente mi trabajo no estaba pagado. Y ya cuando me dijo «o ye, si te cortas con la guillotina, tú di que ha sido en otro sitio». Y ya es cuando la miré y la dije: «¡hasta aquí hemos llegado, hasta aquí!» y ya la dije que me iba. Pero que es lo que te digo, que muchas veces al ser negocios pequeños, se aprovechan mucho de la gente. Mucho más que incluso, yo creo que las empresas grandes.

Cuando las *actitudes* del trabajador empiezan a ser más importantes que las *aptitudes* para encontrar un empleo, dada la progresiva descualificación de los puestos, se generan determinadas relaciones de dependencia que convierten el contrato de trabajo en una especie de favor por parte del contratador, que es tanto más eficaz, en términos de disciplina, cuanto menos formalizado.

Y esta informalidad de las relaciones laborales, lógicamente, genera un permanente proceso de intensificación del trabajo: Sofía empezó a trabajar más horas, a ceder en disponibilidad y flexibilidad horaria, a realizar tareas no relacionadas con el puesto de trabajo... y al final, no pudo con todo: —«mi hora de salida es a las ocho y yo me voy a las ocho y veinte, y hay días que me voy a las nueve y pico si hay mucha gente. Y no sé, no me da tiempo a nada. Me tengo que organizar más, o algo tengo que hacer para empezar a tener una vida. Te pones a estudiar, y cuando estás ya concentrada que ves que te está

cundiendo y que realmente estás aprovechando, te tienes que ir. Venga, a comer rápido que te tienes que largar. Porque es que de verdad, salgo molida. De aquí ¡salgo agotada! Nunca me había agotado, pero claro, también si te toca colocar algo con mucho peso, coger no sé qué, o sea, al final se nota, a la larga...». [...] «Estuve con ansiedad, muy nerviosa, no podía con todo. A los dos años descubrí que tenía aquí un nódulo, en la tiroides. Entonces, no sé si a lo mejor fue eso, porque claro cuando descubrimos que tenía un nódulo, me hice un análisis hormonal ¡y tenía las hormonas! O sea, eso era ¡vamos! ¡Un tío vivo! Entonces [...] tengo que llevar un tratamiento, y ahora me lo estoy tomando más tranquila».

¿Estudias o trabajas? buscando empleo a los dieciocho años

El ejemplo de *Marta*, una fuenlabreña de dieciocho años, hija de un Guardia Civil y de una ama de casa toledana, que dejó de estudiar a los dieciséis sin llegar a sacarse el Graduado Escolar, es dramáticamente revelador de la falta de oportunidades de muchos jóvenes del sur industrial madrileño, que dejan de estudiar «antes de tiempo» sin tener visos de ponerse a trabajar, debido al «efecto desplazamiento» de los jóvenes muy cualificados realizando tareas poco calificadas. Marta se salió del instituto porque «cuando estudiaba veía muchos carteles y pensaba que la gente que no trabaja es porque no quería». Actualmente, tras dos años en el paro, ve las cosas de otra manera.

El principal hándicap que ella ha percibido para encontrar el primer empleo no es tanto la formación en sí, sino «la experiencia»: «Llamas a los carteles y en la mitad te dicen que no... te piden experiencia o no sé qué, siempre te ponen alguna pega». Lo cuál se le presenta como un círculo vicioso: «Te dicen que hasta los dieciséis no puedes trabajar, pero cuanto tienes dieciséis te dicen que se necesita experiencia, y si tienes dieciocho también. Pero si no has trabajado nunca ¿cómo vas a tener experiencia?». Este silogismo no refleja nada más, y nada menos, que la paradoja de tener que comprar un empleo con trabajo: adquirir experiencia para trabajar, que posibilita a las empresas obtener trabajo gratuito.

Al principio sólo enviaba currículos a guarderías y colejos, y estuvo yendo a ayudar a las comidas en un colegio de su barrio, durante dos horas, sin cobrar, para coger experiencia. Ésta era, afirma, su vocación: «Quería ser cuidadora de niños, pedagoga o algo así». Pero durante los dos últimos años en el paro ha ido rebajando sus exigencias y ahora aceptaría casi cualquier cosa «sólo por no estar en casa». Siguiendo el ejemplo de sus amigas, empezó a hacer entre vistas de trabajo en otros lugares: —«En el Supermercado del ALCOSTO, en una tienda de zapatos, en una tienda de ropa, para cosas así». Si bien el trabajo de dependienta, cuenta, «es más duro, se trabaja los fines de semana y se cobra muy poco, alrededor de quinientos euros» y, en teoría, le sería más fácil de encontrar, tampoco ha tenido suerte: «Ahora van y te piden el título de graduado para vender un chicle». Por esta razón está pensando en volver a estudiar para terminar de sacarse el graduado.

Las altas tasas de fracaso escolar en estas zonas puede que se expliquen, en parte, bajo esta suerte de elección negativa, tal y como han observado algunos investigadores, que hacen jóvenes como Marta, que dejan los estudios, pero que al no encontrar trabajo,

vuelven al sistema educativo, o a otras instituciones de formación públicas o privadas, por causas antes anímicas que materiales: «por lo menos, hacer algo»⁴.

Porque, como ya empieza a sospechar Marta, no está nada claro que en todas las ocasiones, sobre todo para el tipo de puestos disponibles para ella, un mejor currículum formal anuncie una mejor actitud y una mayor responsabilidad en determinados trabajos: —«Para vender, no entiendo yo para qué tienes que pedir nada. Salvo sumar y restar para qué quieres más. Hombre, buena presencia y eso sí, pero en una tienda de chucherías ¿Para qué quieres saber...?»⁵.

El efecto desplazamiento

Esta suerte de *Macdonalización de la Sociedad*⁶ que impide a los jóvenes de la vía profesional acceder a trabajos donde iniciar una carrera profesional, tiene también alguna consecuencia más. Antes, el optar por trabajar y dejar de estudiar, era la vía «fácil» de obtener retribuciones rápidas, aunque menores (sólo el 10% percibían un salario mayor a las 70.000 pesetas), a la cuál optaban los que decidían dejar los estudios para ocupar puestos que requerían menos capacidades para su desempeño⁷. Los puestos especializados tradicionales que han sido descualificados, ya sea en la industria o en los servicios, están siendo ocupados más bien por jóvenes sobrecualificados⁸.

4 «En principio, el descenso de la actividad laboral entre los jóvenes es una consecuencia lógica de la creciente escolarización a esas edades. Y, en este sentido, puede considerárselo como un fenómeno positivo. La realidad, sin embargo, es más compleja. Las bajas tasas de ocupación laboral en la juventud se deben también en buena medida a la falta de puestos de trabajo para ellos. A menudo es la situación del mercado laboral lo que les empuja a seguir en el sistema educativo, aun cuando algunos de ellos no estén ya demasiado a gusto en él. La influencia del mercado de trabajo se hace sentir, pues, sobre la situación de los jóvenes por el hecho mismo de la escasez de empleos», DE PABLO, A.: «La nueva formación profesional: dificultades de una construcción» en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 77-78, (1997), p. 148.

5 Según Lorenzo Cachón y otros autores, se está produciendo un proceso de «sobreeducación» que apunta a un «efecto de desplazamiento en el mercado de trabajo de los titulados inferiores por los superiores, tal y como plantean las formulaciones credencialistas». Ho y, la pregunta es, concluye precisamente el autor, «¿Cómo explicar el papel de la sobreeducación?», «Los jóvenes en el mercado de trabajo en España» en CACHÓN, L. (Dir.): *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas*. Madrid, Instituto de la Juventud, 2000, p. 145.

6 RITZER, G.: *La macdonalización de la sociedad*. Barcelona, Ariel, 1996.

7 «En definitiva, como consecuencia del temprano tránsito desde la escuela a la actividad, buena parte de los jóvenes fuenlabreños que tratan de insertarse en el mercado laboral presentan menores niveles de instrucción que los de su entorno, situación que les lleva a abordar mayores dificultades a la hora de ocupar un puesto de trabajo, y por otro lado, a engrosar en mayor medida los registros del paro [...] Al déficit formativo se le añade la inexperience laboral. En este sentido, la búsqueda de un empleo digno y estable se convierte en un logro difícil para este colectivo, teniendo que enfrentarse a una especie de círculo vicioso en el que las empresas exigen juventud, formación y experiencia para ocupar un puesto sin estar dispuestas a ofrecerles la oportunidad de adquirir dicha experiencia», DE LAS ALAS, A., y FERNÁNDEZ, J.: *Programa de Transición escuela-trabajo para la inserción sociolaboral de jóvenes 16-18 años*. Madrid, Fuenlaempleo, 2004, p. 12 (xerocopiado).

8 «Me estoy acordando ahora a la última oposición que me he presentado que es la de guarda forestal y ahí el 80% de los que se presentan son ingenieros técnicos forestales y es una cosa para la que piden bachi-

Las empresas que ofrecen este tipo de puestos ven en ellos mano de obra barata de usar y tirar y éstos ven en estos trabajos un complemento económico temporal mientras estudian o encuentran algo mejor. «Hay gente que trabaja por la noche, de camarero, poniendo copas en el bar de un amigo, otros que trabajan de vez en cuando, y otros, por ejemplo, que trabajan en verano. Tengo un amigo que trabaja de guardia de seguridad, otro por las noches se va a los hoteles en verano, también de guardia de seguridad. Porque los trabajos que hacen mis amigos no son especializados, porque si estás haciendo la carrera es porque quieres trabajar de eso y en la carrera en el primer año no hay mucho que hacer». Son las palabras de *Juanma* un joven de veintidós años, del barrio de Argüelles, cuyos padres, divorciados, son altos ejecutivos del Corte Inglés, y que se encuentra estudiando primero de informática en la Politécnica de Vallecas después de haber repetido primero dos veces en la UNED: «Estuve dos años en la UNED y estuve trabajando en la FNAC, justo cuando los exámenes y muy mal, era la campaña de Navidad y... y era un poco precario, un día me tocó ir a reparar las cosas a domicilio además de lo que tenía que hacer en la tienda [...] Era el primer año que empecé la carrera y..., entre que la UNED es a distancia, que no es presencial, pues eso, fatal. Después trabajé otra vez los fines de semana, en LAS ROZAS VILLAGE, en una tienda de deportes. Y ahora el último trabajo que he tenido ha sido de teleoperador, en una empresa en la que estuve unos cuantos días. Bueno, entre medias he estado trabajando en RANSTAD, de trabajo temporal, pero los trabajos que me buscaban eran de lo peorcito. Yo que sé, mudanzas, desescombrar algo... no sé, todo tipo de trabajos raros. Por ejemplo, montaban un edificio y nos hacían que llevásemos madera, que yo no sé si eso era legal o qué, y después que subiésemos a sitios que... [peligrosos] o sea que, te contratan, la empresa se lleva quince euros la hora y a ti te pagan cuatro euros y medio.

[¿Y lo de teleoperador, cómo lo conseguiste?] allí entraba cualquiera, te daban tres horas de curso. Te daban unas fotocopias que nadie se las leía y después te ponías ya a hacer... no sé: encuesta de Amena, te lo ponían, te ponían una grabación, y después te ponían a hacer encuestas, calculaban el tiempo y te pagaban las horas que estabas haciendo las encuestas. Éramos unos veinticinco y bueno, para ahí cogían a cualquier persona. Allí lo que buscaban no era eficiencia, sino mano de obra barata para hacer las encuestas y, no sé. También he hecho trabajos raros, como contar los coches que pasan por un carril en la M-30... que está bien para lo que es el trabajo, porque que te dan algo de dinero y el trabajo no es nada complicado, aquí todo el mundo se deja contar... También contábamos por la noche. Ya ves, la gente está muy colgada, pero vamos, te pagan más y como es fin de semana...».

llerato solamente, pero como no tienen salidas profesionales de su carrera, eso es lo que más se acerca a lo mejor a lo suyo. Y ahí se va a eso. Biólogos e Ingenieros de Caminos también, pero sobre todo ingenieros técnicos forestales» (E6). Una investigación realizada por el grupo QUIT, financiada por el Ministerio de Educación en 1997, había descubierto que «Las empresas exigen cada vez más alto nivel de formación educativa para cualquier ocupación: COU para ser cajera o vendedora en unos grandes almacenes, FP II para ser repartidor de pizzas, o licenciatura de derecho o económicas para el puesto de mando intermedio en una empresa, y así sucesivamente», LOPE, A., LOZARES, C., y MÍGUELEZ, F.: «Perspectivas de análisis y primeros resultados de una investigación sobre la relación entre formación y empleo» en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 77-78, (1997), pp. 283-305.

2. NUEVAS FORMAS DE CONTRATACIÓN: LA EXCEPCIONALIDAD COMO NORMA DE EMPLEO

Las ETT's, Empresas usuarias y empresas usurarias

El contrato de puesta a disposición contempla una situación laboral en la que el trabajador arrienda su trabajo a la ETT pero quien determina la cantidad, las condiciones y la organización del trabajo es la empresa usuaria⁹. De forma que los jóvenes que acuden a las empresas de trabajo temporal no pueden, por definición, negociar las condiciones de trabajo reales en las que van a trabajar, porque no saben siquiera el tipo de trabajo que van a realizar, el tiempo que va a durar el trabajo, ni el lugar en el que van a hacerlo¹⁰.

El propio Juanma nos comentaba que RANSTAD cobraba a las empresas usuarias *quin-ce euros la hora* y a ellos les pagaban sólo *cuatro y medio*: «Entonces tú te apuntas en Rans-tad, te llaman un día desde la empresa [usuaria] y te dicen: “¿puedes trabajar este día?”, si dices que sí, vas allí. Y entonces, como ellos están pagando bastante por ti, *te exigen todo lo que sea*, ¿sabes? Te dan un trabajo, lo que pasa es que no te pagan casi nada lo que es la hora, pero vamos, si vas varios días y no te importa, si tienes libertad de horario, si tienes las tardes libres y eso, vas, te apuntas y te llaman, pero no sabes lo que te vas a encontrar. Hay una en la que te ponen a cargar y se van a eliminar ellos mismos a la gente, porque te dicen “car-ga eso” y al final dices, pues ya no voy, porque te encuentras al día siguiente que estás con agujetas o con arañazos o cosas. En alguna empresa me han contratado hasta a mí para mu-danzas. Algún universitario he visto, pero también parados, por ejemplo, gente que necesita el dinero [...] La persona esa inmigrante, que estuve hablando con él tiempo, estaba para que le llamasen todos los días y el tío lo necesitaba y le llamaban ahí para trabajar en varias cosas. Claro, si no estaba en casa todo el día..., entonces le llamaban, le llamaban, y si no le de-jaban un mensaje, “¿mañana puedes venir a trabajar?”».

Trabajar gratis

El trabajo voluntario, una seña de identidad, se dirá, de la juventud actual, ha llegado al punto de convertirse en una suerte de versión curricular para muchos de ellos (com-

9 Según las estadísticas del *Anuario* de 2002 del Ministerio de Trabajo sabemos que en Madrid se realiza-ban una media de 340.000 contratos de puesta a disposición anuales de los cuáles más de un 90% se ha-cen a jóvenes menores de 35 años, tienen menos de un mes de duración y pertenecen al sector servicios, siendo los más comunes los de 1 a 5 días (para no pagar, por supuesto, los fines de semana). Entre 1994 y 2004 las empresas de trabajo temporal en la Comunidad de Madrid pasaron de 49 a 132.

10 A este respecto el lector recordará la triste noticia del accidente de muerte que sufrieron dos jóv- enes tra-bajadores de la construcción en el año 2001 al manipular una ele- vadora. Uno de ellos contratado a tra- vés de una ETT: «EL GOBIERNO CIERRA UNA ETT POR CEDER A UN OBRERO PARA UN PUESTO DE RIESGO DONDE MURIÓ (...) El trabajador, José Antonio Herranz, de 32 años, murió en mayo de 2001 al caer desde una altura de 25 metros en la obra donde había sido contratado. (...) Herranz había sido contratado, teóricamente, para desempeñar labores de limpieza y para vigilar que ningún coche apar- cara a la entrada de la obra, pero estaba realizando trabajos propios del sector de la construcción», *EL PAÍS*, 8-III-2002.

pra de un empleo trabajando gratis por un tiempo), revestido del valor en alza de la «experiencia» y considerando la «satisfacción personal» como una retribución en sí misma. En los centros especiales de empleo, las escuelas taller, y por extensión, en las prácticas no remuneradas en las empresas, se realiza un trabajo productivo, pero su retribución no viene determinada por la utilidad que los trabajadores incorporan al producto, sino por la utilidad que el trabajar les reporta a ellos. No encontrar empleo, lo veíamos más arriba, no se ve como un problema de escasez de puestos de trabajo decentes, sino como una tara individual sobre la cuál hay que aplicar medidas de formación o reinserción. Y la principal medida terapéutica y de reinserción es el trabajo mismo¹¹. De modo que para la mayoría de los jóvenes cada vez se hace más largo ese estadio llamado de transición al mundo del trabajo en el que, tanto formal como informalmente, deben soportar peores salarios y peores condiciones de trabajo, bajo el supuesto de que se están formando y no trabajando, pasando por distintos estatus laborales tales como el contrato en prácticas, las becas, los contratos de formación, los contratos de reinserción, etc¹². Pero estos trabajos ni son cualificados ni sirven para construir carreras profesionales¹³.

Fernando es un joven argentino de treinta años, de familia acomodada, que vino a Madrid a realizar un master de economía después de haber finalizado la carrera con muy buen expediente en su país. Cuenta que para la mayoría de sus compañeros de master que

-
- 11 El número de participantes en España en las escuelas taller pasó de los 5.000 trabajadores en 1986 a los 70.000 en 1997, todos menores de 24 años, y en su gran mayoría dedicados a la construcción de obras públicas. Las Escuelas Taller son «unidades de carácter temporal en las que el aprendizaje y la cualificación se alternan con un trabajo productivo». Estos trabajadores cobran una beca de formación el primer año de 6 euros al día y un salario correspondiente a la categoría de «contrato para la formación» el segundo (el 75% del salario mínimo), subvencionando al empleador los gastos de Seguridad Social. INSTITUTO NACIONAL DEL EMPLEO, *Escuelas Taller y Casas de Oficio*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1997. En el año 1999 se crean los Talleres de Empleo, con parecidas condiciones que las escuelas taller pero para mayores de 25 años y con salarios del 50% del salario mínimo (el salario mínimo era de 460 euros al mes en el 2004).
- 12 El *contrato en prácticas* permite pagar un salario hasta un 60% menor para el mismo puesto durante dos años. La mayor parte del trabajo de investigación realizado en nuestro país (véase el *Informe del Estado de la Investigación en España 2002*, <http://www.nodo50.org>), como la *beca de investigación* por la que fue contratado quien les habla para esta investigación, no se considera trabajo sino formación (e incluyendo al trabajador de derecho al desempleo y a la seguridad social e impidiéndole buscar o realizar otro trabajo). Los *contratos para la formación*, en principio sólo para menores de 21 años, pero con muchas excepciones, no estipulan condiciones salariales desventajosas por hora trabajada, el problema es que no pueden durar más de dos años, con lo que muchas empresas sólo utilizan estos contratos para acceder a esas ventajas fiscales y rescinden la relación laboral terminado ese plazo. Los *contratos de inserción*, para gente desempleada, sólo realizables por entidades públicas y sin ánimo de lucro, no están limitados por el salario mínimo.
- 13 Los alumnos de FP que hacen prácticas en las empresas sólo tienen derecho a una póliza de seguros (sin retribución), por el contrario, las empresas son subvencionadas con 11 euros por alumno y día de prácticas. Sin embargo, «son demasiado frecuentes las situaciones en que los alumnos realizan en las empresas actividades que no se corresponden exactamente con el contenido o con el nivel de cualificación de la profesión para la que se preparan. En el caso de la Informática, por ejemplo, son pocos los jóvenes que realmente participan en tareas de programación y de desarrollo de aplicaciones informáticas, que es lo suyo. Y algo similar ocurre a menudo con los alumnos de Administración y finanzas, que, en lugar de formarse en actividades de gestión, realizan muchas veces tareas propias de auxiliares administrativos», DE PABLO, A.: «La nueva formación...», *op.cit.*, p. 150.

carecen de «relaciones», las oportunidades para estos jóvenes altamente preparados, consisten en «meterse en una gran consultoría, como Arthur Andersen, y estar allí de uno a dos años haciendo currículum hasta que te salga otra cosa».

Fernando tiene un contrato en prácticas, cobra un salario de *seiscientos euros al mes*, y su empresa factura a las empresas que envía a Fernando *tres mil ochocientos euros*. Un salario que le obliga a compartir un pequeño apartamento en el centro de Madrid con otros tres compañeros, pero a mantener, por otra parte, una costosa imagen de profesional que él define como la del «*trajeado muerto de hambre*». Esto lo revela jugándose literalmente el puesto si la empresa descubre que los trabajadores hablan de sus condiciones de trabajo, algo que tienen explícitamente prohibido en el contrato.

Por otra parte, las condiciones de trabajo de Fernando tampoco son, ni mucho menos, las que muchos analistas identifican con ese trabajo de *servicios a las empresas* que ha supuesto la mayor parte del crecimiento del empleo en la Comunidad de Madrid en los últimos años: es decir, trabajo cualificado, creativo y tecnológicamente avanzado¹⁴. Más allá de las cualificaciones exigidas para ocupar estos puestos, que es lo que tienden a tomar por válido estos estudios, las condiciones reales de trabajo se acercan cada vez más a un tipo de trabajo repetitivo y monótono, fácilmente medible, y con métodos disciplinarios más cercanos a la organización taylorista de comienzos del siglo XX que a toda la panoplia de nuevas técnicas de gestión participativa que proclama el actual discurso managerial: «Se supone que estás allí para aprender y no aprendes nada, es siempre lo mismo, te dan los peores trabajos y los más fáciles... meter datos a una cuenta, pasar informes, y no te enteras realmente de todo el proceso. [...] Al revés, a mí se me están olvidando cosas del master por no utilizarlas, o sea que... Lo único que aprendes es a vender el producto, en eso es en lo que son buenos, —aunque luego el trabajo no valga para nada. Claro—[...] luego, a pesar de que los horarios cada vez los controlan más, como mucha gente se queda [al terminar la jornada], si no te quedas tú, pues te miran mal. Y eso, claro, tampoco te lo pagan».

En definitiva, esta situación genera un efecto opuesto al que propugna la filosofía de los contratos de aprendizaje y en prácticas, es decir, dos años de salario reducido para que el trabajador adquiera experiencia y poder iniciar así a los jóvenes en una carrera profesional dentro de las empresas. La idea de Fernando, como la del resto de sus compañeros, es marcharse cuanto antes: «La mayoría aguantan ocho o diez meses hasta que pueden irse».

El currículum oculto. Alicia en el País de la igualdad de oportunidades

Como Alicia en el país de las Maravillas, en la carrera para alcanzar un puesto de trabajo los que deben caminar más rápido más se alejan de la meta. *Alicia*, así hemos apo-

14 «Las actividades de servicios a empresas e inmobiliarias, catalogadas como actividades tecnológicamente avanzadas, que necesitan para su desarrollo una gran cantidad de recursos tecnológicos, y por tanto mantienen una mayor conexión con el conocimiento y la información, han sido las actividades que en mayor medida han aumentado el empleo dentro de la Comunidad de Madrid», TOHARIA CORTÉS, L.: *El empleo en la Comunidad de Madrid: cambio sectorial y ocupacional*. Madrid, Consejo Económico y Social, Madrid, 2000, p. 55.

dato a esta joven de 27 años residente en Móstoles, hija de un trabajador de la PEGASO, representa el desengaño de muchos jóvenes madrileños que han invertido una gran parte de su vida y de su tiempo en construir un currículum ejemplar: sacando las mejores notas en el instituto, ocupando su tiempo libre en distintas academias, viajando al extranjero, y superando las carreras más difíciles.

Terminada la EGB, Alicia pudo entrar, por puntos, en el instituto público más reconocido de la zona. Allí hizo el COU y tras superar la selectividad también con una de las mejores notas, ingresó en la Universidad Complutense. La decisión de hacer fisioterapia, como ella misma cuenta, no fue tanto por vocación sino más bien por «aprovechar la nota», entrando en una carrera que por aquél entonces era la más solicitada, junto a telecomunicaciones. Terminó la diplomatura en tiempo récord y con muy buen expediente. Tal es así que antes de acabar, a los veinte años, ya le habían ofrecido trabajar, por horas, dando clases de anatomía en la academia de quiromasaje a la que ella misma estaba asistiendo por las tardes, como complemento a la carrera.

Nada más terminar, dejó este primer trabajo, debido, según cuenta, a que no le «daba para nada, al ser muy pocas horas», e inició, durante el año siguiente, un rosario de distintos trabajos temporales, a media jornada, que compaginaba con nuevos cursos de formación. Tan pronto trabajaba de teleoperadora, como la llamaban de alguna clínica privada para hacer suplencias temporales, e incluso estuvo una temporada trabajando en un balneario en Almería. Aunque las actividades eran muy distintas, afirma, no variaban mucho las condiciones de trabajo y de empleo entre unas y otras. Más bien fue descubriendo cómo el mundo privado de las batas blancas escondía también grandes dosis de precariedad, sobre todo para los jóvenes: «En la clínica que estuve e por ejemplo, iba a comisión. Estaba por la mañana, cuando tenían menos gente, y no les compensaba tenerme asegurada. Ellos lo que querían es que me hiciera autónoma. Entonces, pues con la comisión, querían que yo poco a poco me fuera haciendo con mis clientes y tal». Desengañada de este trabajo, decidió cambiar de rumbo, e ingresó, como administrativo, en una pequeña empresa de Artes Gráficas del sur de Madrid. Ello gracias a los cursos de contabilidad e informática que había hecho en los veranos anteriores. Pero tras un tiempo en ese trabajo sentía que «no tenía posibilidades de ascender». Porque la única que estaba allí era la comercial, la única administrativa era yo, o sea, que las posibilidades de subir eran nulas. Entonces, bueno, también coincidió con que en ese momento me llamaron de otro trabajo». Le llamaron del Hospital General de Toledo, y no se lo pensó: «Allí la verdad que muy bien, estaba muy bien pagada, aunque, bueno, básicamente trabajaba veinte horas a la semana y duró lo que duró el contrato, estaba trabajando de interina, el verano, pues lo que duró». Después de estar varios meses buscando otro trabajo similar, se vio obligada, de nuevo, a trabajar de teleoperadora durante tres meses más, pero no pudo «aguantar mucho allí», y cambió a otra cosa parecida: grabadora de datos en Ediciones SM, donde estuvo durante otro mes y medio más hasta que la despidieron. Entonces, «Harta ya de ir de un lado para otro, quería tener una estabilidad, y pensé en sacarme unas oposiciones para algo de administrativo. Un cambio radical. Quería cierta estabilidad, un buen horario, vacaciones, y un ambiente de trabajo que no esté mal», es decir, unos mínimos que hace sólo veinte años eran los considerados normales para cualquier tipo de empleo.

De modo que para Alicia, y para muchos jóvenes madrileños, la opción de opositar supuso una especie de vuelta a empezar; sin exagerar diríamos que una dramática recon-

versión personal. Con veintisiete años, la primera fisioterapeuta de una de las primeras promociones de Madrid, vivienda propia (de protección oficial en San Chinarro —aunque sigue viviendo con su madre—), dos idiomas y todos los cursos imaginables en su haber, se lamenta hoy de haber invertido parte de su niñez y juventud en un sueño que considera roto. Si volviera a empezar, se sincera, «habría optado por hacer directamente un módulo de Formación Profesional y preparar directamente la misma oposición que estoy preparando hoy». Por lo demás, se siente engañada, sola, «cansada, cansada, muy cansada. Muy desanimada y muy aburrída [...] como si tuviera cuarenta años». Tan mayor que a su edad ya ha tenido que recurrir, por prescripción médica, a los antidepresivos en alguna ocasión.

3. LAS CONSECUENCIAS: UNA GENERACIÓN ESQUILMADA

Hace veinte años el principal problema de los jóvenes madrileños era el desempleo. Hoy, habiendo aumentado el empleo, aunque no tanto como en los adultos, hablamos de subempleo e infraempleo. Se puede estar ocupado sin que ello signifique tener un trabajo (todas las formas de trabajo precario), o se puede estar desempleado sin que ello signifique no trabajar (trabajo informal o trabajo voluntario).

Los fatales efectos de la precariedad entre los jóvenes madrileños se revelan en tasas de temporalidad cercanas al 80%, e índices de siniestralidad laboral que superan el 96 por mil (frente a una media ya de por sí alta del 55 por mil). Existiendo, por otra parte, una relación estadísticamente muy significativa entre sectores diríamos que especializados en la contratación de jóvenes, como la construcción o los servicios, y los altos índices de accidentalidad que ostentan, lo cual quiere decir que, los jóvenes pertenecientes a estratos medios y bajos de la fuerza de trabajo, *débiles en el empleo y fuertes en el trabajo*, son utilizados para trabajos que requieren mayor esfuerzo físico y mayor grado de intensidad, constatándose cómo, en muchos casos, deben dejar este tipo de sectores a una determinada edad.

Así es, los accidentes de trabajo han aumentado de forma alarmante en los últimos años, concentrándose en empresas de menos de 50 trabajadores, sobre trabajadores que llevan menos de un año en sus empresas y cuadruplicando su incidencia en los contratos temporalmente. Analizando la edad del trabajador vemos cómo la mayor incidencia, a distancia, se produce en los trabajadores menores de 19 años, que ha venido incrementándose desde 1995 (212 jóvenes menores de 19 años por mil trabajadores se accidentaron en el año 2000, frente a los 138 en el año 1995). Por cada trabajador mayor de 50 años, 4,8 jóvenes se accidentan. Le siguen los trabajadores de 20 a 29 años (92 por mil). A mayor edad de los trabajadores, el índice de incidencia se va reduciendo¹⁵.

Pero existen otro tipo de consecuencias sobre la salud de los jóvenes que hemos detectado en nuestra investigación y que se pueden sumar a estos, ya de por sí, alarmantes resultados.

15 INSTITUTO REGIONAL DE SEGURIDAD Y SALUD EN EL TRABAJO DE LA COMUNIDAD DE MADRID: *Plan Director en prevención de riesgos laborales de la Comunidad de Madrid 2002-2003*. Madrid, UGT-Madrid, 2002.

«LA DEPRESIÓN ACECHA A LOS JÓVENES...» Son numerosos los datos, como el título esta noticia periodística, que apuntan a un fuerte incremento de la depresión en los jóvenes en las últimas décadas. Según los expertos la sufren cerca del 8% de los jóvenes; afecta más a ellas que a ellos; y más a los jóvenes de familias con menor nivel de renta¹⁶.

En nuestra investigación, varios de los jóvenes entrevistados, principalmente mujeres de 25 a 30 años, de origen social medio o bajo, declaraban haber pasado por problemas psicológicos en los últimos años. Esta sorprendente frecuencia de casos nos llevó a descubrir, por otros estudios, cómo una enfermedad que hasta la fecha era marginal y exclusiva de la población adulta, se ha convertido en un rasgo característico de la juventud del siglo que comienza¹⁷. Este fenómeno indica que existen una serie de factores sociales detrás de síntomas que se manifiestan y experimentan de forma individual, y que identificamos con los procesos de individualización del conflicto de clase resultado de la precarización del empleo y con procesos de autoinculpación ante la fuerte disonancia entre las situaciones personales y el mundo de color de rosa que se muestra diariamente en los medios de comunicación¹⁸.

En otros casos podríamos hablar directamente de un proceso de *envejecimiento prematuro*. Ana, de treinta años, nacida en Hortaleza, donde vivió, de pequeña, con su abuela y su madre, que es peluquera, estudió el Bachillerato en el Ramiro de Maeztu, y tras repetir COU dos veces, inició un módulo de Formación Profesional en La Paloma, mientras realizaba distintos trabajos: «Empecé a trabajar cuidando niños. En el Pizza World estuve un montón de años de repartidora, con moto, y luego en locales nocturnos, en bares y tal, de camarera también mogollón: en la Farmacia, luego estuve en el Max que es un antro que no te quiero ni contar, un *after hours* horrible. Mientras estaba en el Max había pedido una beca en la Autónoma. Unas becas que se llamaban *Innova*, que eran de Investigación para gente de Formación Profesional, y me la dieron. Entonces ya dejé eso

16 «El suicidio por depresión es la primera causa de muerte en la población adolescente de Europa. En España es la segunda, tras los accidentes de carreteras. La depresión será en el nuevo siglo la primera causa de morbilidad (complicaciones patológicas) en los países desarrollados», *EL PAÍS*, 26-VI-2001; «El riesgo de que los jóvenes padezcan depresión es diez veces mayor en nuestros días que a principios de siglo», son palabras del profesor Juan Godo y García en una entrevista al *Diario Médico*, 15-IX-99, p. 16.

17 «A nivel mundial el trastorno psíquico con mayor incidencia es la depresión. De cada cuatro personas que nacen, una va a ser afectada en algún momento de su vida por un estado depresivo», Francisco Alonso-Fernández, psiquiatra, catedrático emérito de Psiquiatría y Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, y miembro de la Real Academia de Medicina, en *Europa Press* «Estamos viviendo la era de la depresión», 20-VII-2004.

18 «La ideología socialmente dominante adscribe la responsabilidad de la situación en que se encuentra una persona a esa misma persona (“culpabilización de la víctima vs. víctima social”). (...) Una ideología tan individualista encontraría su expresión en tendencias que consideran que una búsqueda exitosa de un puesto de trabajo depende exclusivamente del esfuerzo individual realizado por los propios desempleados. Tanto por su contenido como por su programa, ciertos tipos de medidas centradas en el individuo pueden evocar o reforzar, de forma implícita, tales autoatribuciones de responsabilidad individual», KIESELBACH, Th.: «El desempleo juvenil: consecuencias en la salud y recomendaciones para las intervenciones psicosociales» en TORREGROSA, J. R.; BERGUERU DEZAPHI, J., y ALVARO ESTRAMIANA, J. L. (Eds.): *Juventud, trabajo y desempleo: un análisis psicosociológico*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989, p. 524.

y estuve en la Autónoma con una beca para investigar el efecto luminiscencia. No nos daban mucho dinero pero en esa época toda vía no estaban tan altos los alquileres y estaba muy animada. O sea, que me fui de casa con veinticuatro años. Me fui a vivir con mi ex pareja. Pensaba que me iba a ir bien y estaba contenta. Estaba muy animada porque después de meterme a FP sin gustarme mucho estudiar, me empezó a gustar la química y el trabajo que hacía allí. Pero al acabar la beca, como ya estaba fuera de casa, no me dio tiempo a encontrar algo relacionado con lo que estaba haciendo, y tuvo que ser: salir de ahí y entrar a un bar, porque había que pagar el alquiler, así que me fui a un pub irlandés. Ahí trabajaba hasta las siete de la mañana, pero bueno, sólo de jueves a domingo. Y nada, pues ahí estuve seis meses. A los seis meses me llamaron del paro y entré en un laboratorio de control de calidad. Me hicieron un contrato en prácticas, me pagaban ochenta mil pesetas al mes, y curraba, a veces, doce horas al día. Estaba haciendo un muestreo, o sea, no estaba en un laboratorio trabajando, estaba con un coche con unas neveras y hacía controles de alimentación en aguas residuales, en mataderos, en vertederos..., o sea, muy desagradable. Pero bueno, yo estaba contenta por que pensaba que iba a empezar a centrarme en esa historia, en lo que había estudiado. Qué pasó, que a los veintiséis años me quedé embarazada».

El inesperado hijo de Ana supuso para ella cambios radicales en su vida. Es decir, perdió su trabajo y se separó de su pareja: «Entonces, como estaba embarazada, pues se me acabó el contrato y ya, —como yo tenía un móvil, a mí me llamaban: “tienes que ir a las cinco de la mañana a tal sitio de Madrid a coger no sé qué”—, pero como ya vieron que con el niño no iba a poder dar tanto de sí, pues me despidieron. Al mismo tiempo me separé de mi anterior pareja, entre otras cosas, por lo del niño. Total, que me separé y volví a casa de mi madre. Después estuve sin trabajo un año entero. Tuve paro unos meses, pero ya estaba ahí un poco mal, con ganas de salir de casa y tenía que trabajar. Así que me fui al proyecto Isla, a la Seguridad Social, y me recomendaron una cosa que había salido para mujeres maltratadas. O sea, era como una especie de ayuda para que pudieran sobrevivir un año, y de paso, como un poco de terapia o algo así. Era un taller de jardinería, en el vivero de la Casa de Campo. Y entonces me hice jardinera, empecé a trabajar por libre en un vivero [falsa autónoma] donde he estado un año y medio. Muy bonito sitio, pero vamos...en Régimen Agrario: cobraba setecientos veintidós euros, a los que había que restarle sesenta y tres de la Seguridad Social, que me la pagaba yo misma en la situación de agrario, y no tenía días libres ni días de convenio ni... [...]. El trabajo es duro, ahora mismo tengo abiertas las dos muñecas y una contractura en un hombro. Da un poco de rabia: no llego a fin de mes y llego a casa con el cuerpo tan machacado que no me apetece ni estar con mi hijo, y algunas veces le gritas y él no tiene la culpa de nada. O sea, estoy hecha un asco, necesitaría unas vacaciones en realidad y un quiropráctico o así».

A lo largo de las páginas precedentes, hemos recorrido un conjunto de situaciones, a través de un completo abanico de perfiles de los jóvenes madrileños, que apuntan, fundamentalmente, a la ausencia de futuro para gran parte de una generación, y con ello, para la reproducción del propio sistema social y productivo¹⁹. Muchos jóvenes siguen de-

19 «La cuestión de la juventud como fenómeno social debe ser considerada en su contexto propio, que es la “reproducción social”. Toda sociedad, para reproducirse, es decir, para continuar existiendo como socie-

pendiendo del salario de los padres aunque ya estén trabajando. El momento de la emancipación ya no se identifica con la consecución de un empleo, principalmente debido al precio de la vivienda (cuatro de cada cinco jóvenes menores de 25 años siguen viviendo hoy en casa de los padres) ²⁰. Un joven madrileño que quiera emanciparse y vivir solo, deberá dedicar el 88% de sus ingresos a pagar la hipoteca. Lo escaso de los salarios, hace imposible, además, el ahorro, con lo cual los préstamos bancarios para los que menos capacidad de ahorro tienen son mayores, y consiguientemente, a modo de un impuesto regresivo, las viviendas salen relativamente más caras para los que menos capacidad económica tienen.

Entre 1975 y 2000, en la Comunidad de Madrid la tasa de fecundidad cayó del 2,8 al 1,2 (uno de los índices sintéticos de fecundidad más bajos del mundo). La edad media de la madre al tener el primer hijo subió de los 25 a los 32 años. La edad media al matrimonio pasó de los 26 años a los 32. Y el crecimiento natural de la población se redujo de los 63.921 de 1975 a los 11.148 del año 2000 ²¹.

Nuestra investigación ha tratado de profundizar en estos problemas encarnando con vivencias concretas cifras estadísticas cuya maleable interpretación lleva, en numerosas ocasiones, a fijarse únicamente en el cristal desde el que mira cada cual. Porque a los jóvenes les interesa explicar(se) su situación en las claves de las políticas sociales, económicas y laborales recientes, y saber que son reversibles. Pero a todos, mayores, medianos y chicos, nos importa igualmente ver que los jóvenes son sólo el ejemplo más duro de lo que nos espera si no defendemos, juntos, que, realmente, otro mundo es posible.

dad y como una determinada sociedad histórica, ha de reproducir continuamente sus miembros, no sólo como seres humanos, sino específicamente como “agentes sociales”: como miembros de esa sociedad histórica determinada, integrados en sus estructuras y participando de su funcionamiento», ZÁRRAGA, J. L.: de, *Informe juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad*. Madrid, Ministerio de Cultura. Instituto de la Juventud, 1985, p. 13.

20 Según datos del *Observatorio de Vivienda en España* del Consejo de la Juventud del primer trimestre del año 2003 las características definitorias de la población menor de 35 años eran el bajo porcentaje de hogares jóvenes (12'0%) y la baja tasa de emancipación (31'7%).

21 INSTITUTO DE ESTADÍSTICA DE LA COMUNIDAD DE MADRID: *Boletín de Demografía y Salud*, n.º 65, (2004).

CUADRO DE PERFILES DE LAS ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD

Zona Edad	A. Periferia de Tradición Industrial (Fuenlabrada, Getae, Leganés)	B. Periferia de Tradición Agrícola. Hoy turismo y construcción (Aranjuez, El Escorial, etc)	C. Madrid Centro. Servicios	Origen Familiar
En torno a 16 años	1 Pedro	10 Marina	19 David	I. Trabajadores industriales
	2 Marta	11 Ramón	20 Juanma	II. Clases Medias (profesionales y directivos)
	3 Roberto	12 Luis	21 Verónica	III. Autónomos (comercio,...)
En torno a 24 años	4 Justa	13 Fran	22 Manolo	I. Trabajadores industriales
	5 Nuria	14 Izaskun	23 Sofía	II. Clases Medias (profesionales y directivos)
	6 Ana	15 Isabel	24 Rafa	III. Autónomos (comercio,...)
En torno a 34 años	7 Mar	16 Juan Carlos	25 José Luis	I. Trabajadores industriales
	8 Carla	17 Eva	26 Fernando	II. Clases Medias (profesionales y directivos)
	9 Alicia	18 Mari Carmen	27 Miguel	III. Autónomos (comercio,...)